

profundamente silencioso; silencio, nuevo precursor del gran acontecimiento durante el cual la realidad sucederá á las sombras, apareciendo la verdad en todo su esplendor. Las divinas promesas parecían olvidadas, y como perdidas en las edades, y las figuras sepultadas en lo pasado. Jerusalén no oía ya la voz de sus profetas, porque éstos habían cedido la palabra al gran Profeta que iba á hablar. María, lo mismo que Jesús, no tenía ya en la tierra ni vaticinios, ni imágenes actuales, y hasta el Cielo callaba, como ocupado todo en perfeccionar su obra. Entonces, de repente, algunas voces humanas, eco fiel de las tradiciones primitivas, interrumpieron con un grito de alerta el profundo reposo de la tierra y de los Cielos. Esta voz no tardó en extenderse lejos; el mundo entero se conmovió de Oriente á Occidente; los pueblos se agitaron, los recuerdos de la tradición, el cómputo de los años, la necesidad social, la consunción de las naciones, y ese no sé qué que el Cielo conmueve cuando le llega el tiempo oportuno, todo se despertó como tocado por una potente mano; todo habló, todo profetizó, como si un solo pensamiento ocupara al mundo; el pensamiento del Mesías prometido, y de su maravillosa Madre. ¡Tan manifiestos eran los oráculos que desde el Cielo habían anunciado á María!

Y no creáis que los judíos fuesen los únicos á quienes agitaba este movimiento; una fé divina, y al mismo tiempo popular, se había apoderado ya del universo atraído por una inspiración desconocida. El vate romano reproducía en su lira los sagrados acentos del Profeta, en tanto que los falsos dioses, mudos como sus oráculos, no atreviéndose á hablar en alta voz, murmuraban temblorosas palabras desusadas y siniestras; y si hemos de creer á tradiciones antiguas, respetadas no poco por los sabios, en una ciudad de la Galia, en la antigua Chartres, los antiguos gaulas levantaron una ara, notadlo bien, una ara y no una estatua, á la Virgen que debía procrear: *Virgini pariturae*. Así fué como mucho tiempo antes de nacer, ocupaba María en la esperanza y deseo de las naciones, el lugar que se le había concedido, en la capital misma del mundo pagano, y hasta en los templos de los falsos dioses. Ya entonces dominaba María: *Ipsa conteret caput tuum*.

En medio de esta conmoción general, y de la expectación de los pueblos, nació María, sencilla, modesta, ignorando, al ocultarse en el templo, su misión altísima, y aguardando, como todos los demás, la salud de Dios, sin presumir que también ella era esperada; y tan lejos de pensar en la parte que iba á tener en los misterios de la redención, que parecía haber renunciado á la maternidad divina, consagrando la primera entre las hijas de Jerusalén su virginidad al Señor. Pero hé aquí que un ángel, cuyo nombre significa fortaleza de Dios; el ángel mismo que se apareció á Jacob para fortalecerle, y á Daniel para explicarle la cuenta de los tiempos hasta el del Mesías; el ángel, en fin, de la redención, declara á María su divina maternidad. La Virgen consiente, dando de este modo á la salvación humana la señal y el movimiento. Desde este instante principian las comunicaciones inefables, los secretos de lo alto, y el ejercicio de un ministerio divinamen-

te reparador, en la hija de Judá. El Espíritu Santo desciende para rodearla con su sombra; el Verbo Eterno toma carne en las inmaculadas entrañas de la Virgen, presidiendo el Padre Omnipotente la obra de la Encarnación. El Evangelio observa que el ángel se había retirado después de anunciar á María el gran suceso, como para dar á entender que la Encarnación era un misterio que se realizaba entre la Santísima Trinidad y María Virgen; entre la Trinidad que salva el mundo, y María asociada á esta inmensa reparación. En este misterio el hombre fué rehecho á imagen y semejanza de Dios, mientras que Dios se hacía á la imagen y semejanza del hombre. En este misterio la justicia y la misericordia se abrazaron por mediación de la poderosa Madre, y María puso mano á la obra más augusta, de inteligencia y concierto con las tres Divinas Personas. En este misterio, finalmente, está el principio y prenda de muchos otros misterios que deben seguirle, y en que sobresale el excelso y altísimo carácter de Mediadora, propio de la que concibe, lleva, da á luz, alimenta, y gobierna á su Mediador: *Ipsa conteret caput tuum*.

Hé aquí lo que Dios ha hecho, y bajo qué auspicios dispuso que la tierra conociese á María. Hé aquí la vocación de Dios: vamos á ver ahora cómo respondió María á esta vocación.

## PUNTO SEGUNDO.

Habéis observado, A. H. M., el orden y el camino que siguieron los consejos del Altísimo; pero si María no hubiese unido al título de Madre de Dios el de Mediadora de los hombres, su tarea habría terminado; su historia habría concluido en el momento en que hubo dado al mundo el Hombre-Dios. Pero nó, María; en vos reside la realización de las promesas y la verdad de las figuras; sombras, es cierto, pero sombras ilustres y solamente sombras cuando se comparan con vuestra gloria. Borrada ahora con el esplendor de una sola vida, disipad la grandeza de cuarenta siglos que están llenos de vos. Jesucristo nuestro Mediador es sacerdote y víctima: asociaos al sacerdote, apoderaos de sus divinos dolores, para que diga el mundo que Jesús y María se han unido en tantos siglos, en tantos oráculos y figuras, sólo porque debían estarlo un día en completa realidad. Venid, cristianos, y veréis cómo se desenvuelven los caracteres de Mediadora: dejemos si os parece el pesebre de Belén; no atendamos á la huida á Egipto, á la humilde residencia en Nazaret, á la predicación del Salvador, á pesar de que todo esto está relacionado con María, en razón á que siempre y en todas partes, la Mediadora participa del desprecio y del oprobio de que el Mediador se cubre, y pasemos á otros actos en que las injurias, las humillaciones y la oscuridad serán tan particulares de la Santísima Virgen, que más de una vez habrán de

trascender de María á su Hijo como un nuevo raudal de ignominias y afrentas. ¿No sabemos, dirán mas tarde los judíos, quiénes son el Padre y la Madre de Jesús? ¿No es éste el Hijo de María? Ved aquí cómo á fuerza de sacrificios quiere la Madre llenar el augusto título de Mediadora de los hombres.

Pero aún hay dolores mas meritorios, expiaciones mas sublimes. San Agustín nos enseña lo que no há mucho hemos indicado, á saber: que desde el instante en que María fué Madre, nada se le ocultó de cuanto había de suceder. Instruida de los designios de Dios vió María desde entónces en su Hijo lo que Dios veía en él; ésto es, al Salvador del mundo; pero al mismo tiempo, fuerza es decirlo, veía un sentenciado á muerte. María lee en el rostro del niño Jesús, y hasta en su más agradable sonrisa, el suplicio en que debía morir. Ve al fruto bendito de su vientre crecer y robustecerse en sus maternales brazos para la Cruz; y esta consideración perenne é inolvidable, y por lo mismo terriblemente mortal para el corazón de una Madre cariñosa, hace el fondo de la vida de María, llevándola á contraer la costumbre de no perder nunca de vista este lúgubre objeto. Y no es esto sólo: María no podrá prescindir de sacrificar por sí misma su querido Hijo, y de que, á sus angustias de Madre, venga á unirse el sacerdocio más magnánimo y mas noble. La Iglesia, en sus cánticos de amor y gratitud, juntando ambos sacerdocios, bendecirá con Jesucristo á la Virgen que desempeña el ministerio sacerdotal: *Virgo sacerdos*. Elevemos, cristianos, nuestro valor, al mismo tiempo que el espíritu, para no mezclar nada de humana flaqueza á lo que María ejecutó con tan heroico ardimiento. Dios pudo muy bien confiar á los dos más grandes hombres que han existido nunca algunos de los oficios de su Hijo. Así suscitó á José para que le ocultase, y á Juan Bautista para que le diese á conocer; mas á María la suscitó para dar á luz á Jesús y para sacrificarle. José y Juan Bautista morirán en cuanto su misión haya terminado; pero María vivirá para acompañar á su Hijo hasta que espire. He aquí la misión de María, que prueba no ser una madre como las demás, sinó que tiene algo de lo que carecen ellas. María es, en efecto, Mediadora de los hombres, dignidad equivalente á la de Madre de Jesús, de la gran víctima, del gran Sacerdote de la humanidad, por cuya razón María se hace también víctima y Sacerdote con Jesucristo: *Virgo sacerdos*. Cuando se lleva un nombre ilustre, es preciso sostenerlo. Jesucristo se llama Salvador, y María significa Mediadora. Si Jesucristo, pues, sostiene la grandeza de su nombre á costa de su sangre, María sostendrá también la nobleza del suyo á costa de esa misma sangre que ella ofrecerá en sacrificio por nosotros, revistiéndose de un sacerdocio augusto, modelo perfecto de sacerdotes, que consiste en producir y sacrificar á Jesucristo: *Virgo sacerdos*.

Llega, por fin, el día de resumir en un solo sacrificio los dolores y el trabajoso ministerio de treinta y tres años. La gran víctima sube al Calvario, pero no sube sola. Aquí van á manifestarse lo más crudo

de la lucha, el valor y el heroísmo de María. Al verla de pié sobre el Calvario, parécele á Guillermo de París que María está sobre la Cruz del mismo modo; y San Cirilo de Jerusalén, reconociendo en las heridas que causan los golpes descargados sobre el Hijo las que los mismos causan en la Madre, exclama: «En verdad que se ha cumplido la profecía que el anciano la dijo en el templo en otra ocasión: *Una espada de dolor traspasará tu pecho.*» Hé aquí la espada de Dios que la hiere; pero María tiene también su espada, la espada de la obediencia, la espada del sacerdocio. Hija de Abraham, tomad el cuchillo; pero nó, no le toméis: el infierno se ha apoderado de él; el infierno ha armado á los hombres, y éstos serán los que hieran. Y Vos, en quien reside el poder de la súplica; Vos, que con sólo dirigir una señal al Cielo podríais desviar los golpes, no detengáis á los verdugos, haciendo que los deberes de Mediadora se sobrepongan á los sentimientos de la Madre. Sí: ya que no seáis como los ángeles, que la fe me presenta simples espectadores, lo cual sería imposible al corazón de una Madre, sed sacerdote con ese mismo Dios que se sacrifica, con ese Hijo Divino que se inmola. *Virgo sacerdos*. Jesucristo muere, y María se halla presente á la sangrienta y prolongada agonía, no muriendo con su Hijo como debía sucederla, sinó permaneciendo como roca inquebrantable, á fin de poder mostrar á la tierra que consiente en la muerte de Jesús, que lo sacrifica verdaderamente, que ofrece este gran holocausto. La Madre, en efecto, debía morir mil veces; pero la Mediadora vivirá, tomando de su sacerdocio la fuerza y la vida para animar el natural desfallecimiento de la mujer: *Virgo sacerdos*.

Todo se ha consumado: los consejos de Dios, la victoria sobre el infierno, la salvación del mundo, todo se ha consumado; el triunfo de María lo proclama el mismo Dios, exclamando al morir: *Consummatum est*. Cabeza soberbia de la serpiente antigua, héte aquí quebrantada. Pocos instantes hace triunfabas y decías: Si es verdaderamente Hijo de Dios, que baje de esa Cruz; y también dirías, ó por lo menos pudiste decir: Si esta mujer es la Madre de Dios, ¿por qué no arranca á su Hijo del suplicio? Mas el poder de ese último suspiro de Dios y ese corazón de Madre despedazado, te dominan. Tú sentiste que se derrumbaba tu orgulloso imperio al sentir cómo te oprimía el pié vencedor de la Mujer; tú has reconocido á aquella con quien el primer oráculo de Dios te amenazó, y tu turbación y espanto de cuarenta siglos nada fueron en comparación de este golpe, que te hunde y anonada. Ahora te ves forzado á exclamar: ¡Verdaderamente ese Hombre que espira es Hijo de Dios, y esa Mujer que me mata es su Madre. *Ipsa conteret caput tuum.*

Así es como la Santísima Virgen supo desempeñar tan completamente su misión. Pero ni el socorro divino, ni la fidelidad de María, podrían ser perfectamente comprendidos por vosotros si no os mostrase su mediación, saliendo, por decirlo así, de la maternidad divina, ya que en ésta es donde se encuentra la alta razón y el complemento de todo lo que acabáis de oirme.

Hasta aquí, en efecto, H. M., se nos ha presentado María anegada en dolores; y sin embargo, me atrevo á sostener que esta Madre ha sido feliz hasta en su más cruel desconsuelo. Tiempo es ya de que se deleite vuestro espíritu en objetos más dulces, á cuyo fin os voy á enseñar de qué manera Dios, al propio tiempo que impuso á María un sacrificio tan doloroso, dulcificó su pena hasta el punto de que subiese al Calvario, siguiendo no menos el ímpetu de su corazón que la voluntad del Padre Eterno. Eso consiste en que María era ya Madre nuestra; en que la Madre de Jesucristo sentía la necesidad de darnos á luz por medio de su sacrificio; la necesidad de sacarnos á una vida inmortal, á una dicha tan inmensa como sus dolores. Porque debéis saber que María no se constituyó Madre nuestra únicamente al pié de la Cruz, aunque allí fué donde Jesucristo nos entregó solemnemente á ella, sinó que ya era nuestra Madre, si bien de un modo más oculto, no por eso menos positivo, antes de que tuviese lugar esta última adopción.

María, en efecto, era Madre nuestra por el hecho solo de ser Madre de Dios. Para no entrar en argumentos de pura metafísica, voy á emplear un lenguaje que, siendo más popular, sea á la vez más tierno. Jesucristo, viniendo al mundo, se hizo hermano nuestro, como que para mejor parecerse á nosotros, eligió una Madre entre las hijas de los hombres. Tan cierto es esto, que si Jesucristo no hubiese amado á los hombres como á hermanos suyos, nunca María hubiera llegado á ser Madre de Dios. Ahora bien: ¿podemos dudar que al descender al bienaventurado seno de María nuestro nuevo Adán dejaría de comunicar á su Madre los sentimientos de familia, en términos que, mientras Jesús viviese de la vida humana de su Madre, ésta viviera también de la vida divina de su Hijo? Tal es el pensamiento de San Agustín; pensamiento que puede profundizarse más, suponiendo que si el amor á los hombres latía en el seno de la Virgen, con el corazón de Jesús, de ningún modo pudo María permanecer extraña á sus impresiones; y si este mismo amor había hecho de Jesús un hermano nuestro, debió hacer de la Madre de Jesús la Madre de los hombres. No lo dudéis, H. M., la humanidad del Salvador que adoptaba la nuestra, hacía que su Madre nos adoptase á nosotros, de modo que, desde el instante de su concepción, la Cabeza divina del género humano unió á los que son miembros suyos con su Madre. María, según esto, no pudo amar á Jesús sin amarnos á nosotros con él, porque amando á su Hijo solo, no le habría amado todo entero. La vida de Jesucristo era nuestra vida, y cada uno de nosotros era, en consecuencia, objeto de ternura y de afecto para María; hasta tal punto que, como se expresa San Anselmo, María abrazaba á su Hijo único, abrazando á todos los hombres que son sus miembros: *Eundem unicum suum in omnibus membris ejus amplectitur*. Tanto, pues, como somos hermanos de Jesucristo, tanto somos hijos de María. No temo decirlo, cristianos oyentes; el Cielo y la tierra estaban contenidos en aquel inmenso seno que llevaba á todo un Dios; pero la humanidad entera entró en él mucho an-

tes con la humanidad del Salvador. María, puede decirse, llevaba en sus entrañas á Dios y al Hombre; pero al revés de lo que le sucedía á la antigua Rebeca, cuando sentía luchar en su seno á Jacob y á Esaú, como dos pueblos que combaten entre sí rasgando las entrañas de su madre, en las de María, Dios y el Hombre, en otro tiempo enemigos, y trocados ahora en hermanos, comenzaban en su madre común los abrazos de paz y de inmortal reconciliación.

El amor de madre sostenía á la Mediadora en sus dolorosas pruebas, y Dios que templa en su bondad los dolores que envía, preparó á la Santísima Virgen un consuelo digno de ella. La Escritura nos dice que Seth fué concedido á Eva para consolarla de la muerte de Abel. También el hombre fué para la moderna Eva un hijo de consolación en la pérdida del nuevo Abel; con la circunstancia de que, si el primero no fué concedido sinó después de la muerte de su hermano, y cuando la infortunada madre había sido afligida, el hombre, al contrario, fué dado á María al mismo tiempo que Jesús, no por otra causa sinó porque María desde que concibió á su Primogénito, conociendo el instante en que éste había de morir, reclamaba el consuelo del dolor que ya entonces sentía.

Por eso Dios que mandó á María sacrificar su Hijo por nuestra salvación, quiso darla entrañas de madre respecto de nosotros, á fin de que esta otra maternidad dulcificase el rigor del sacrificio. Contempladla, pues, colocada como Madre de Dios y de los hombres, entre dos crueles extremos: ó ver á su Hijo primogénito morir para salvar á sus hermanos, ó dejar perecer para siempre la multitud innumerable de sus hijos, con la humanidad entera. Estas consideraciones agitaban á María cuando el Arcángel pidió de parte de Dios su consentimiento, que no se refería á menos que á nuestra perdición eterna, ó á nuestra salvación. Los padecimientos de Jesucristo pasaron rápidamente por su imaginación, destrozando su pecho de madre, alentado únicamente con el pensamiento de que la voluntad de Dios, que así lo ordenaba, suavizaría tan grandes sacrificios. Pronunció al fin María la palabra de resignación, aquel poderoso *fiat*, y quedó constituida en Madre de Dios y de los hombres, Mediadora entre Jesucristo y nosotros. Hé aquí el amor fuerte como la muerte de que nos hablan los Cantares, y más fuerte aún, como lo es la mujer á quien reconocemos por verdadera Madre.

Madre nuestra, sí. Dios la dará este nombre antes de espirar. Aproximaos, tierna Madre, al fatal madero, y poned atención á las palabras que habéis merecido oír. Una exclamación amorosa sale del Calvario para esparcirse por todo el mundo: Mujer, ve ahí á tu hijo: *Mulier, ecce filius tuus*. ¡Mujer! ¿Qué voz es la que os dá ese nombre? ¿Es la de los hombres que os señalan á Jesús, muriendo en la cruz, á la manera que el Juez lo enseñaba al pueblo, diciéndole: Hé aquí al hombre? ¿Es acaso ese mismo pueblo el que á su vez os dice á Vos: Mujer, ve ahí á tu hijo? Nó, nó: es la voz de Jesucristo espirante la que os designa al humano género por el cual habéis consentido en que

muera, es Jesucristo que en el océano de dolores en que la voluntad de su Padre y la resignación de su Madre le han sumergido, olvida, por decirlo así, y renuncia en cierto modo á sus derechos de linaje, para no fijarse más que en los derechos de la gran familia por quien acepta el sacrificio. Jesús es el que, presentándoos la humanidad en la persona de un Apóstol, que debía ser con los demás el conquistador de ella, os dice: Mujer, hé ahí á tu Hijo. Miralo bien, ¿le conoces? *Mulier, ecce filius tuus*. Gustad ahora, prosigue el moribundo diciéndola, el fruto de vuestras penas, y el de vuestros trabajos; escuchad el título de Madre de los hombres; ese dulce título que hace treinta y tres años se os confirió, y no era conocido sinó de Vos y del Cielo solos. Toda la tierra debe saberlo ya, y con el fin de proclamarlo con mayor solemnidad y magnificencia, he escogido la cima de este monte, desde donde dirijo la palabra al universo. Además, como para dejar mayor espacio al nombre de los que son también hijos, como yo, de vuestro dolor, oculto el mío al hablaros. No es esto olvidar que soy hijo vuestro también, puesto que habéis podido librarne, sinó dar á entender que en este sacrificio parece como que Dios se oculta para que no miréis en mí sinó al hombre: *Mulier, ecce filius tuus*.

Indudablemente Jesús pronunció estas palabras, con el fin de que conociésemos á María como Madre nuestra. A lo menos entre las palabras de Jesús y de María existe un perfectísimo acuerdo. Dice María: Hijo mío, tú eres mi primogénito, y sin embargo, te sacrifico á la salvación de todos mis hijos: tal es el decreto de Dios, tal vuestra voluntad, y tal también la mía. Pero los hombres, no conociéndome aún, ignoran que soy su madre; ignoran el sacrificio que hago por su bien, y el modo con que me ha sido dulcificado el dolor que ha de causarme. ¡Oh! ¡Sepan al menos que soy su protectora, su abogada, su más tierna madre!—Pues bien, contesta el Salvador: Venid conmigo al Calvario, y allí, desde lo alto de la cruz, yo les diré quién sois, les manifestaré vuestro amor, divulgaré, consagraré para siempre estos tiernos nombres de Hijo y Madre, revelándoos vuestra doble maternidad, tan noble como sangrienta. *Ecce mater tua... Ecce filius tuus*.

Mil veces se ha preguntado, H. M., cómo pudo María, sin espirar de dolor, ver crucificar á Jesucristo. La doctrina que os expongo, y las palabras pronunciadas desde la Cruz, me explican ese misterio. Entre nosotros, cuando una madre de familia pierde un hijo amado, sus parientes y amigos la rodean, presentándola á sus demás hijos para consolarla. Hé aquí, la dicen, vuestros hijos, débiles aún, los cuales reclaman vuestro cuidado y vuestro apoyo; vivid para ellos que se hallan en edad tierna; conservaos para su bienestar; mirad á su porvenir; en nombre de vuestros hijos, esforzaos á conservar la vida. Algo parecido á ésto podemos imaginar, H. M., que sucedió al pié de la Cruz. En presencia de Jesucristo espirando entre los más terribles dolores, no parecía posible que María viviese. Entonces el Salvador, pónela delante la gran familia de sus hijos, la humanidad entera, di-

ciéndola para consolarla: Hé aquí á tus hijos: *Ecce filius tuus*; débiles y fluctuantes en la fe, como están, tienen necesidad de ti; la Iglesia naciente reclama un apoyo, y el ejemplo de tus virtudes. Uno de tus hijos va al Cielo, en donde te reunirás con él un día; pero los demás hijos tuyos quedan en el mundo; permanece con ellos para enseñarles el camino de la bienaventuranza. En nombre de tus hijos, en nombre de la Iglesia, confórmate á vivir. *Ecce filius tuus*. Madre querida, no mires mi cruz; pero si no puedes apartar los ojos de ella, mírala toda, y por todos lados. Animo, madre mía, sube á ella conmigo, y desde aquí extiende la vista por todo el universo, al mismo tiempo que con maternal abrazo estrecha á todas las generaciones. Hélas ahí; ahí están tus hijos, míralos, recíbelos como tales: *Ecce filius tuus*. Los dolores de madre necesitan consuelos de madre.

Santa María, Madre de Dios: *Sancta Maria Mater Dei*; rogad por nosotros: *ora pro nobis*. Rogad por nosotros pecadores; pero pecadores resueltos ya á no serlo en adelante. Rogad por nosotros durante la vida, porque ¡ah! millares de enemigos nos rodean, el infierno nos amenaza, la tempestad ruge por todas partes, y estamos en riesgo de perecer. Rogad por nosotros en la hora de la muerte; en esa hora decisiva en que acaba el tiempo y empieza la eternidad; hora en que de todos los títulos con que nos hayamos podido engalanar, no nos queda otro que el de cristianos; hora en que de todos los bienes que hayamos poseído no nos queda sinó una lúgubre mortaja; hora en que de todos los nombres que hayamos podido invocar con fiadamente, no nos quedan sinó los de Jesús y de María. ¡Oh! ¡Haced que estén entonces estos nombres divinos en nuestros labios! ¡Ojalá, oh Santísima Virgen, podamos espirar estrechando la Cruz de vuestro Hijo contra nuestro pecho, y con la vista clavada en vuestra imagen! ¡Ojalá podamos, el que acaba de publicar vuestros loores, y todos los que en este santo templo nos hallamos reunidos, morir con vuestra asistencia la muerte de los justos, y veros eternamente sentada en vuestro trono de gloria!

C. DE FLOYRAC.